

NATURALEZA Y DEFENSA DEL LENGUAJE HISPANOAMERICANO (1)

POR ARMANDO SOLANO

Mientras duró, es decir, hasta poco antes de 1900, la influencia del pensamiento francés, del arte y de la literatura galos en la América española, se pudo creer, aunque parezca extraño, que ésta poseía una expresión idiomática gemela de la peninsular. Si la idea, el sentimiento y la manera venían de París en aquellos tiempos, a nadie se ocultaba el tendido esfuerzo por imitar hasta confundirse con ella, la forma retórica de los altos ejemplos españoles. Las estrellas de la poesía y de la prosa en América, señaladamente a través de toda la era colonial, brillaron en el cielo de la mística, y si bien aportaron el aliento de sus secretos ardores y la prodigalidad de su inflamado verbalismo, a la ornamentación de las plegarias y de los deliquios de pasión divina, nunca se atrevieron a romper la pauta que de antiguo tuvo adoptada la mística metropolitana. Y aun más tarde, el insaciado anhelo siguió siendo la superación del arquetipo español, merced a la observancia del precepto y a la investigación del antecedente castizo. En engolado verso castellano y en prosa de succulento contenido, fueron conocidos en nuestros pueblos los ladinos decires y las jocundas sátiras de la renovación, que se insinuaba por encima del Pirineo y hallaba en España erizada resistencia. Cuando empezaron a consolidarse las repúblicas, su literatura desplegó alas potentes, sedientas de remotas travesías. Y dicho en resumen, el romanticismo de América, que no puede ser juzgado con los mismos motivos y razonamientos que el de Europa, porque debido a circunstancias esenciales aún no ha caduca-

(1) Estas páginas forman parte de un próximo libro sobre cuestiones sudamericanas.

do como allá y es posible que jamás muera, el romanticismo americano resulta debiéndole bien poco a la genuina escuela española.

No se ha pretendido que el castellano de América pueda equipararse con el de España por virtud de las ideas sustanciales que en él se hayan vertido. Si cronológicamente ello no era posible —ya que a la hora del descubrimiento guardaba España gloriosa y dilatada experiencia, a más de una cultura que había desarrollado y puesto a circular no sólo sistemas filosóficos sino concepciones artísticas y religiosas, que en guerra y en paz, al empuje de sus capitanes y por la palabra de sus apóstoles, quedaron impuestas en todos los mundos—, tampoco lo habrían permitido las aludidas diferencias espirituales. Este es aún el tiempo en que ninguna república ibero-americana puede vanagloriarse de haberle ofrecido a la humanidad, sea en el campo de las letras o en el científico, algo original, realmente original. Prontos imitadores, acuciosos rapsodas, hemos logrado a menudo producir la ilusión de que estamos inventando. No. Es apenas ahora, con la valorización de lo autóctono, el redescubrimiento del paisaje, de la historia y de la leyenda continentales, de la obra escultórica, musical y poética de los indígenas, de sus instituciones militares y civiles, cuando se esboza, dentro del método y del prejuicio europeos, la que llegará a ser auténtica creación americana. De ahí que a nuestro castellano, tan estrujado y macerado ya por la nueva vida, sea hoy cuando le aguarden transformaciones de veras fundamentales, que aun siéndolo, harán recordar los siglos de su expansión más poderosa, lejos de apartarle del tronco milenario.

Con pleno derecho, se apropió América la gigantesca y genial tarea llevada a cabo por los trabajadores del idioma desde cuando llegó a ser eficaz instrumento de relación, de cultura y de estética en Castilla. Pero si quisiéramos inventariar el aporte de cada cual y atribuir los méritos respectivos, mal podría confundirse la elaboración tántas veces secular del núcleo español, indiscutible promotor de las iniciativas más serias del pensamiento europeo, con el animoso pero irresponsable balbucir de pueblos infantiles que aprendieron a caminar sobre sus huellas. Así, cualquiera observa en América la endeblez del teatro y de la misma novela, frutos de civilizaciones ya sedimentadas, y que siguen todavía fuera del alcance de la incipiente nuestra.

Las obras literarias que desde la Colonia hasta hoy han sido consideradas como novelas excelentes, poseen la grandeza, es cierto, de las epopeyas primitivas, pero también su áspera rudeza y a veces su incoherente prolijidad. Una explicable prisa por decirlo todo, por ostentar amontonadas las adquisiciones recientes, y por revelar las vibraciones y los anhelos del individuo. De tal manera y con las excepciones que cada país conoce pero ignoran los demás, el autor de novelas, para satisfacer su personal urgencia y darle al público en su integridad las perplejidades que le desconciertan y las preocupaciones que le inhiben, se muestra inferior en su evolución mental y sentimental, a muchos lectores cuya solitaria aventura ha rodado por libros ágiles y desbastados, escritos en otros meridianos. Son muy numerosas y de gran volumen las concesiones literarias y de sentido común que han de hacerse, para encontrar en paupérrimos relatos o en largos poemas descriptivos, la filiación de la novela americana. Por mucho que el género se haya ampliado y complicado, siempre mantiene, aunque borrosas, ciertas características. No deberíamos olvidarlas todas sólo para poder decir que el castellano de América tiene ganado ya el título de haber producido verdaderas novelas, o de haberlas producido en la cantidad y categoría deseables.

Sabido es que aun la más sutil novela psicológica fue intentada ocasionalmente por nuestros aficionados. Semejantes fenómenos, sin embargo, siguen siendo excepcionales. Y cosa opuesta sucede con el teatro. Suele tener éxito el de chillón y copioso color local, con espesos brochazos de humorismo campestre, o de la desastrada bohemia suburbana. Es una gracia verde y pringosa, o una tristeza animal, que sin culpa de nadie se niegan a rendir los matices que cautiven al auditorio culto. Quizás por fortuna, la sociedad hispano-americana, y acaso parte de ello suceda en el Norte, a pesar de todo, aún no sufre y no goza de las obsesiones y angustias que engendran dramas y comedias. Situación que no sería extraño ver prolongarse, ya que el cine ha venido a llenar aparentemente ese vacío, como suplió el avión al ferrocarril, quemando etapas cuya ausencia se hará sentir después.

Pero en nuestro plan no entra el examen crítico enunciado. En el deseo de recordar someramente y a un mismo tiempo la unidad indestructible del castellano y las variaciones a veces esenciales que América le confiere o le impone, adaptando al

clima, al temperamento y al tiempo el habla que España le trajo, se hace difícil prescindir de la tarea que debe reconocérsele en el viejo mundo y en el nuevo. Así, no habrá letrado que no acepte desde España —después de ponderar con justicia el grado excelso de sabiduría, de penetración y sensibilidad a donde había llegado el español antes del Descubrimiento—, que los hijos y herederos americanos le han infundido con su pródiga imaginación, con su ardorosa sensualidad, con la melancolía de su derrota y de su despojo, con la dulce ternura de la raza original, con su aceptación del destino ineluctable y con su voluptuosa indolencia, nuevos bríos y acentos inéditos, y le han arrancado vibrantes gritos de pasión, agudos alaridos de dolor y de odio, imperceptibles murmullos de amor, antes desconocidos.

El lenguaje de América es por naturaleza poético y sin duda menos positivo y realista que el de España. Hay en él una crepuscular penumbra, una sombra de presentimientos, un aura de lirismo, un ansia de fuga y de elevación, un perpetuo miedo a perder lo poseído, un sentimiento de fugacidad, de deslizamiento más allá de la vida y hacia las playas tenebrosas de lo eterno. En las respuestas del labriego analfabeto y del mercader ambulante que lleva sobre los hombros el fardo de su mercancía por los desfiladeros de los Andes, hay una nebulosa de incertidumbre y lejanía, de duda y de pavor, que dibuja y dilata círculos de estremecido misticismo sobre las cuestiones más inmediatas y simples de la vida. Nadie posee ni expresa en América, convencimiento en la eficacia de la voluntad. Nadie canta el ayer dichoso, ni la hora plena, ni el mañana seguro. Se han alzado, es cierto, ingenuas voces de poetas para decir su amor a la tierra o a la gloria, para comunicar sus goces o su fe en el triunfo. Pero si tales anunciaciones no se quiebran con el desmayo del fatalismo; si no cortan y velan su euforia con la añoranza de angustias y miserias del grupo, perdurarán talvez entre los eruditos como alardes retóricos, mas no serán coreadas por la muchedumbre ni incorporadas al rosario de sus escondidas penas. Ni en las odas que inspiraron acciones valerosas y eximias victorias, o hizo estallar el sol —que melifica los frutos bajo los follajes, y mide y acompasa la marcha de robustas legiones que cosechan, tras de haber cultivado las plantas nativas, en derroche espléndido de fuerza y virtud—, deja de

percibirse la punzada del perenne dolor, la herida del injusto castigo, la queja de la humilde desventura, la evocación del padre mártir, del hijo que huyó, de la doncella sin amores, del cielo mudo, de la soledad de cada cual sobre el surco que no se acaba de sembrar.

Y a medida que la literatura se renueva, se refina y adquiere mejores posibilidades, si es que no deserta del modo y del espíritu americanos, la escala verbal del sufrimiento se enriquece y el treno de la desesperación se repite con mayor frecuencia. Los poetas populares, vehículos por donde el castellano europeo recibe el oro y la sangre del nuevo mundo, son en sus cantares que la gente repite, no sólo tristes y desolados, sino desgarradores. Para que nuestra poesía tenga cisnes heráldicos y melindres versallescós, se necesita que se universalice hasta perder su propia substancia. Un poeta de tan intenso aroma de selva y de cascada, como es Chocano, pudo extraviarse en cierto profesionalismo del trópico y dejarnos alguna nota falsa en su canto a la naturaleza. Pero cuando se acercó al indio y trató de sondear el abismo de su amargura, de su desengaño y de su acongojada visión de la existencia, logró con plenitud la púdica tristeza de la balada racial y le dio al idioma sus características continentales: delicadeza trémula, giro flexible, larga y opaca resonancia.

* * *

Llegadas estas naciones a su personalidad plena y al uso de todos sus dones, el de la palabra en primer término, en la batalla de la Independencia, que se prolongó a través de las guerras civiles, una serie de violencias en confusa demanda de la libertad política y de la justicia social, el castellano que hablamos lleva incrustados en sus carnes muchos pedazos de plomo. Es un idioma de apuesta marcialidad, en el cual dejaron rastro las inacabables disputas filosóficas, el estilo polémico de un periodismo que ni a estas horas ha perdido su filiación doctrinaria para industrializarse con útil mansedumbre. Claro es que no en todas partes llegó a prevalecer la frase campanuda y fanfarrona que se usó en Panamá y en las costas de otros países. Pero la sierra fue, en el fondo, y no obstante su moderación, más ardiente y más tenaz, más concienzuda acaso, en sus aferramientos de partido y de secta. De tal modo, el español de América mantiene una gallardía combativa que si en buena parte le viene

por herencia, las circunstancias locales y las mezclas raciales han reafirmado y vuelto más recia y elocuente.

Para cualquiera es evidente que en ningún sitio, si olvidamos a Puerto Rico y las Filipinas, cuya suerte parece a punto de cambiar con el triunfo democrático, está el castellano asediado tan peligrosa y tan halagüeñamente como en Panamá. Verdad es que aun en plena guerra y en desarrollo de la buena vecindad, las autoridades militares y los diplomáticos de los Estados Unidos, le ofrecen al idioma trato benévolo, procuran estudiarlo y fomentan su permanencia como medio paralelo de expresión. Pero no se le impone de repente una política a la multitud de marinos y soldados que durante su rauda estadía en el Istmo, han de cultivar relaciones elementales con los nativos. Ni tampoco al funcionario civil y a su familia, aislados en la Zona del Canal, y que apenas se asoman a Panamá en fugaces excursiones, como turistas de remota procedencia. Los norteamericanos deseosos de aprender el español, pronto desisten de su propósito, porque sus compatriotas no lo conocen y los panameños se apresuran a satisfacer en inglés todas sus curiosidades. El bilingüismo total ya anotado, suele ceder un tanto en favor de la lengua extraña y poderosa. Lo contrario implicaría mortificación y sacrificio, ya que en todos los órdenes de la vida es el yanqui quien está en condiciones de superioridad, en Panamá y en todas partes. Además, las escuelas de la Zona, eslabones perfectos de la educación oficial de los Estados Unidos, todavía por mucho tiempo seguirán ofreciendo en inglés una enseñanza superior también a la que el Estado panameño dicta. Y los diarios, cuya sección inglesa está frecuentemente servida con mayor acierto que la española, complementan las tentaciones para el panameño y la serie de halagos para el inmigrante, quien lleva una existencia sin contrariedades, ignorando el castellano. Otro argumento beneficiado por el idioma inglés consiste en la terquedad con que lo habla, a su pintoresca manera, el negro procedente de Jamaica: el chombo.

No obstante lo dicho, la lucha cortés y mesurada entre las dos lenguas, no desfallece. Fuera del círculo *esnob* que no falta en parte alguna y que en otros puertos de Sudamérica es tan extenso como ridículo, todo panameño educado habla el español, lo cultiva con orgullo amoroso, lo enseña en su casa, lo lee en sus autores más puros, y se niega rotundamente a permitir

que se le postergue a su vista. La educación pública se bate con denuedo en ese terreno, sin caer en la necesidad de descuidar el estudio del inglés. Poetas y escritores notables, algunas ilustradas damas entre ellos, glorifican nuestro idioma y contribuyen al proceso de su evolución, devota y asiduamente. El predominio de la actividad mercantil y de la propensión cosmopolita, enciende los cenáculos y corrillos literarios con un fervor de cactumba y mantiene el prestigio del salón o de la terraza intelectual, tan decaídos en tierras cuya fama nació de ellos y que aquí subsisten, estimulan, discretean, son gentiles centros de información y de buen gusto. Fuera de que inconformidades explicables impelen a montar guardia en la fortaleza del castellano, algo descascarada sin duda, pero testigo de las glorias y refugio de las descoloridas tradiciones. Preciso es recordar asimismo que en el interior del país, donde algunas ciudades mantienen las costumbres colombianas, tan moldeadas en lo español, no se habla inglés aunque se le aprende en la escuela, como es debido. Estas villas son el asiento de solemnes leguleyos y de estudiosos solitarios, ajenos al movimiento de Panamá y Colón, y que hablan la pulcra y castigada lengua del Código Civil, con su amanerado culteranismo.

No son muchos los que reconozcan en el diccionario de la lengua española editado por la Academia, una herramienta útil para la consulta diaria, ni un auxiliar adecuado para el oficio literario. Es un libro retardado no sólo en la ciencia misma del idioma, sino en los progresos de la técnica y en el desarrollo de las ideas generales. Un libro sin espíritu ni método, ceñido a la definición perogrullesca, y que se niega a incorporar voces y giros de procedencia americana. Apenas, calificándolos como regionalismos, como lugareñismos que no tuvieran razón de ser, deja filtrar unos cuantos términos que no son los más vivaces y expresivos. La grandeza y la unificación de la lengua reclaman una revisión inteligente de ese catálogo, realizada por gentes que conozcan y frecuenten la actividad del mundo, y los rumbos de las nuevas corrientes del pensamiento, de la literatura y aun de la política. El diccionario ha de ser una obra no sólo útil para guiar en la lectura de los clásicos, sino también para los estudios etimológicos y para rastrear la evolución contemporánea del castellano. Sus significados no deberían darse por obvias peticiones de principio, sino mediante incursiones en las discipli-

nas aldeañas, que dejen establecida para el lector de hoy una noción diáfana de las cosas.

Hay infinidad de vocablos españoles que han perdido el uso; otros, han cambiado más o menos radicalmente de significación. En cuanto a los de América, los hay que tienen una aparentemente arbitraria o de origen desconocido; otros provienen de palabras indígenas, que a su turno hicieron largas y deformantes travesías; otros son meras corrupciones de olvidadas voces hispánicas, o de palabras árabes con frecuencia. Para que el diccionario reúna, administre y maneje con discreción y criterio progresista esa ingente riqueza, preciso es que a su cuidado estén personas con títulos distintos del sectarismo político. Para dejar que penetre, se extienda y se difunda con su potencia juvenil el torrente idiomático de América, se necesita algo más que rutinarios guardas de aduana. Los que llenen tal función deben ser mentalidades despiertas y enteradas no sólo de la naturaleza de las lenguas y de los pueblos que las hablan, sino en gran parte del mecanismo de las sociedades.

Así, en todo el territorio de habla hispana, visible desde esta empinada garita, la conservación del idioma y la defensa de su pulcritud, de su honrada prosapia y de su lozana longevidad, sigue siendo problema vital. No medrarán los jugosos modismos regionales, si la cepa se carcome, víctima del parasitismo inclasificable. Y cuando España resucite de la muerte política e intelectual en que ha estado sepultada, encontrará que América no dejó estancar ni adulterar esa bella porción del común patrimonio, en cuyo ejercicio nos reconoceremos. Encontrará que hemos mejorado los caudales de la raza, acercándonos a los pobladores anglosajones del Continente, con cuya sana honradez y con cuya benévola disposición de ánimo, se han corregido nuestra tendencia a la hipérbole y nuestra disolvente malicia. Porque la certeza en la acerada resistencia del idioma y en su eficacia cultural, no estará bien asentada sino después de someterla al parangón con otra lengua. Con la inglesa, que en el ajetre del universal predominio y en las investigaciones de la ciencia moderna, ha ganado tanto en agilidad como en penetración. Sólo cuando el español y el inglés hayan intercambiado en América sus valores con leal y amable fraternidad, podrán ambos sentirse seguros en el usufructo espiritual de sus correspondientes heredades.